

vais á hacer? ¿ Vais á callar? ¿ Vais á disimular el crimen, permitiendo que perezcan tantos inocentes bajo los escombros? ¡Qué! Cuando conspira un traidor contra la seguridad del Estado, contra el honor de una familia ó contra la vida de un hombre, el no denunciarlo, conociendo sus intenciones, es hacerse cómplice suyo; y cuando conspira un libro malo contra la salvación de un alma, de una clase, de una sala de estudio, ¿ creéis que pueda obligaros el honor á no denunciar el criminal? errónea es la idea que del honor os habéis formado.

La justicia y la caridad, la caridad para con vuestros hermanos os obligan á descubrir el mal. Antes de hacerlo, pedid consejo á vuestro confesor; avisad al culpable, salvadle hasta donde podáis, arrancad de sus manos el instrumento mortífero. Pero, si persiste en su crimen, denunciad al asesino. No haréis una delación, sino un acto de salvación. No será un acto de cobardía, será el acto heroico del Caballero de Assás, que fue hecho prisionero una mañana por una avanzada de hanoverianos, emboscados para sorprender al ejército francés; y, amenazado de muerte, si con una sola palabra revelaba la presencia del enemigo, despreció la muerte, y gritó con todos sus pulmones, para que le oyera su regimiento: “¡ A mí, Auvernia, aquí está el enemigo!”

MONSEÑOR BAUNARD

Decadente

Era un garrido mancebo;
 En sus ojos fulguraban
 El talento, la esperanza,
 Y el amor, y la alegría;
 Y en la frente pura y tersa
 Musas y Gracias posaban
 Con sus manos generosas
 Los favores á porfía.

¡ Con qué gozo oyen su dulce
 Palabra mozos y viejos!
 Damas, doncellas ensalzan
 Su donaire y sus virtudes;
 Y si en el aula los niños
 Hallan sabios sus consejos,
 En la tribuna y la prensa
 Le adoran las multitudes.

Mas un día (¡ triste historia!)
 Con placer el vino escancia,
 Y una copa, y otra copa,
 Y otras ciento apura luégo;
 Ya en su vida de inconstancia
 Sólo hay nido á la constancia
 De esa sed que le devora
 Las entrañas como un fuego.

Ya las niñas no le escuchan
 Con sonrisas y ojo atento,
 O porque habla sin recato,
 O porque el brindar prodiga,
 Y con ellas le abandona,
 De su dicha en detrimento,
 La primer rama de gloria
 Que la juventud espiga.

A su turno él, en desquite,
 Renegó de las mujeres;
 Dèsprecia á Inés por insulsa,
 Por menos bella á Dolores,
 A aquéllas por casquivanas,
 A éstas por sin alfileres,
 Y al fin con despecho acaba:
 “En la tierra no hay amores”

Buscando en el cielo amada
 Prorrumpe en voz conmovida:
 “¡ Oh Luna, la dulce novia
 De los pálidos reflejos!”



Yo te amo porque eres pura,
Flor de cera que la vida
Sola pasas, siempre bella,
Siempre triste, siempre lejos!"

Mas ella, con regio paso
Va á ocultarse indiferente
Tras abigarradas nubes;
Y aquel desdén enamora
Más y más al tierno vate,
Que solícito y ardiente
Vuelve una, mil veces vuelve
A la rubia encantadora.

Con la morfina y el brandy
Más aumenta su extravío,
Hasta que en doliente lecho
Cae enfermo y extenuado,
Do la fiebre y los pesares
En triste encierro sombrío
Luengos días le mantienen
De los hombres secuestrado.

En tanto, Diana hechicera,
Temiendo alguna mudanza,
Condolida y pesarosa
Quebrar sus iras semeja;
Que, prendiendo sus amores
A la femenina usanza,
Huye del que la persigue
Y persigue al que se aleja.

Buscando á su amada un día
Sale el joven macilento,
Y enfila al cerrar la noche
Por la calle sola y larga,
Desgreñados los cabellos,
El ojo calenturiento,
La alba frente sudorosa,
Y el pecho en tristeza amarga.

Siempre fijo el pensamiento,
Vaga siempre la mirada,
Anda y anda hasta que, débil,
Con su cuerpo da en el suelo;
Sin saber en su honda pena
Que le adora ya su amada,
Y que oculta entre las nubes
Le contempla desde el cielo.

Ella, rasgando sus tules,
Se lanza en hilos de plata,
Que al ver en tierra á su amado
Estalla su amante anhelo;
Y es tan intenso el abrazo
En que con ternura le ata,
Que, envuelto en sus rayos álgidos,
Le deja tornado en hielo.

Al despuntar nuevo el día
Alumbra un cadáver yerto,
Pálido como la cera,
Tumbado contra la esquina.
Y si un viajero pregunta
De paso: "¿Quién es el muerto?"
—"Era el novio de la Luna,"
Cuenta la gente vecina.

A. MARCO

PARA LA HISTORIA DEL COLEGIO

(Continuación)

XIII

HABLA UN PRELADO

Tunja, 12 de Abril de 1910

Canónigo Dr. Carrasquilla, Rector Rosario—Bogotá

Deploro injustificable campaña prensa esa ciudad contra Rectorado de Uzá, meritísimo, experto institutor juventud.

Afectísimo,

Universidad del
Rosario + EDUARDO, Obispo
Historico